

Pericles, dicese que ella fue quien le instruyó en elocuencia y aún quien compuso sus más famosas oraciones. A Sócrates le enseñó Diotima, la cortesana de Mantinea. Epicuro no tuvo jamás discípulo tan ferviente como la cortesana Leoncia.

“Y hay otra razón más, no menos poderosa que las que hemos revisado, por la que hasta honr tenga la profesión de la hetaira. Hay un amor contrario a natura que mancha a la civilización griega. Este vicio, que no mencionan los escritos de Homero ni los de Hesiodo, parecen haberlo producido los juegos públicos, con su exhibición del cuerpo masculino enteramente desnudo”.

“El hombre más erudito de mi tierra”, —le interrumpí diciéndole,—“a quien llamamos por su infinita sabiduría “Brujo del Irazú”, ha dicho lo contrario, y para explicar el pudor ateniense ha enseñado que hasta a las estatuas desnudas les colocan hojas de parra”.

“¿Qué es tanta insensatez, tanta ignorancia?”—me preguntó Plotino sorprendido.—“¿A tal llamas sabio y erudito? Impúdicos en la exhibición de sus cuerpos han sido siempre los griegos después de las edades heroicas, y ello ha engendrado pasiones que juzgan irresistibles, por feas que a nosotros nos parezcan, aún cuando confieso que los egipcios que conoció el judío Moisés, las toleraban, de modo que en sus leyes le decía a su pueblo el profeta: *No seréis como los egipcios que yacen hombre con hombre*. Quizás de Egipto los griegos hayan recibido esa influencia nefasta. El hecho es que a tal grado han llegado, que a Hebe hubo de reemplazarla Ganimedes, y ¿cuál de los más feos vicios terrenos no se ha trasladado al Olimpio? Los artistas de la decadencia han reflejado estas pasiones en sus estatuas de Hermafrodita, de Baco, y del aún más afeminado Apolo. Los moralistas han elevado esa depravación al rango de la amistad y a ella atribuyen hasta el heroísmo de Aquiles y el de la tebana legión de Epaminondas. Harmodio y Aristogiton también estaban enlazados por este amor”.

Habíamos vuelto hacía rato a la puerta de la casa que Ammonio Saccas había creído, con buen tino, conveniente para nosotros. El estratego, o vigilante nocturno, viendonos en animada conversación, vino hacia nosotros con ganas de hablar. Plotino dijo que en ese momento se despedía. “Lo de la casa para vivir a lo griego con la niña”, —me dijo significativamente,—“mañana me lo ordenas”. Comprendí lo grave del problema.

Entré aprisa. ¿Qué tibio, con ella, estaba el suave lecho! ¿Qué tibia estaba ella! Yo, en cambio, estaba helado. Se despertó el clavel moreno y me tendió los brazos. “¿La muñeca?” me dijo, igual que la esposa dócil, de quince años, de quien habla Jenofonte y de la que me contara Plotino. Y por eso, esa noche, no hice nada sino besar nisperos guanacastecos, probar higos de Mesopotamia.

*Persiles*

Herodia, agosto, 1931.

## Flores líricas de los jardines de Rusiñol

= De La Gaceta Literaria, Madrid. =

### Jardín junto a la vía

*Santiago Rusiñol ha pintado los jardines de España: lo ha hecho con un arte delicado y amoroso. Ha pintado las alamedas de Aranjuez—por las que pasara, no mucho antes de morir, Espronceda, con su faz pálida, sus bucles de ébano y su ancha chorrera de encaje;—los cármenes del Generalife, con su cielo translúcido, sus cipreses, y al pie de los cipreses los rosales tupidos, de los que, en silencio, suavemente, caen los pétalos lacios; los viejos jardines de los caserones castellanos, jardines abandonados, que tienen en el fondo un palacio con los cristales rotos, con las puertas cerradas . . . De todos los jardines, huertos y cortinales de España, si en este minuto de evocación trato de preferir alguno, a mi memoria acude la visión de un jardín situado junto a los rieles de un ferrocarril. Es en un rincón de Castilla, muy lejos de Madrid; desde un altozano se columbra la ciudad; dos o tres campanarios destacan en el azul. Al pie de la loma se levanta una casa rodeada de un extenso huerto. Cierran el huerto unos tapiales. De la ciudad sólo llegan aquí los campaneos lejanos—suaves—de sus iglesias. Dentro, en el jardín, los arriates y platabandas no han sido tocados ha largo tiempo. En una estancia de la casa todo está igual—con una cama destecha—como hace ocho o diez años, cuando aquí acabó lentamente una vida. En el otoño, en la primavera, los rosales se cubren de flor; una dulce fragancia llena el ambiente. De tarde en tarde pasa rozando las tapias del jardín un tren. Unos marchan pesados, lentos; otros pasan raudos, vertiginosos. Si es de noche, un resplandor súbito se ciela por el varillaje de la puerta. Seres humanos cruzan en esos trenes arriba y abajo. Con ellos van afanes, tristezas, deseos, amarguras. Aquí todo está en silencio, todo reposa con una paz profunda. La casa se halla cerrada y desierta. Un silbido agudo rasga los aires; en el jardín, silencioso, abandonado, de los rosales caen ajados los pétalos.*

*¡Oh, Santiago Rusiñol, dilecto amigo! Habéis pintado los jardines de España: los de Granada, los de Aranjuez, los de Castilla. Un tinte de vaga melancolía hay en vuestros jardines. Pero ninguno de vuestros espléndidos jardines, tan triste, tan de nuestro pueblo castellano, como este jardín perdido entre las lomas de Castilla, todo reposo, todo silencio, todo muerte, junto a cuyas tapias pasa vertiginosa y febril la vida.*

Azorín

### Oración en el jardín

*Yo me quiero morir, como se muere todos los años el jardín, y luego renacer de igual modo que renace todos los años el jardín. Se han ido los pájaros; volaron en pos de ellos las hojas, pero no tenían alas. No me quiero morir como las hojas, ni quiero ser el árbol de perenne verdor adusto, ni el arbusto dócil cortado en seto, sino el árbol libre, desnudo atleta que en el suelo ahinca las fuertes plantas y en el aire tuerce los recios brazos: no el verdor eterno sino la fronda renovada, el fruto cuando el año lo envíe. Aquí me tienes Señor, desnudo como el árbol. Dame tu bautismo de lluvias y tu crisma de sol, y dame vestiduras nuevas, immaculadas. El jardín de invierno callado está: mi corazón callado. Habla tú; luego vísteme de hojas. Algo de tus palabras, al moverse repetirán, como inspiradas lenguas.*

Enrique Díez-Canedo

### Año Sentimental Reverdece

*Rama triste  
Retorcida en tu dolor,  
Ya primavera, te viste  
De verdor  
Abril perfumado avanza,  
Vuelve el pájaro cantor  
Y es color de la esperanza  
Tu color.*

### Mayo que fue

*Oh, cuán breve primavera.  
Ayer era,  
Y no es ya:  
Fue la dicha pasajera  
Que se va . . .  
Fue lo por venir soñado  
Que, casi sin presente,  
Brevemente  
Es pasado.*

### Calma festival

*En el agua tranquila y trasparente  
Está el color dormido,  
Y reposa el sonido  
En la calma infinita del ambiente.*

*Ni una voz ni un rumor. Sólo se siente,  
Como tenue latido,  
El palpitar de las alas en el nido  
Y el correr silencioso de la fuente.*

*Hay una sensación de paz y olvido  
En el bosque y el mar: placidamente  
La realidad se esfuma, y sólo deja  
Algo que como en sueños se asemeja:  
Es la fuente un murmullo,  
Es el nido un arrullo,  
Y la mar una queja.*

### Caen las hojas...

*No escribas de los campos. Solo viste  
En sus pardas llamas el madroño,  
Que sol, y cierzo, y aridez resiste.  
En la tierras feraces no seguiste  
El proceso del brote y el retoño,  
Y no puedes saber cómo el otoño  
Es en los campos hondamente triste.*

*En la pompa que sueñas, en la roja  
Coloración en que se ve teñida  
La selva verde ayer, hay la congoja  
Y el temblor de la eterna despedida:  
En cada hoja  
Que vuela por los aires desprendida  
Del árbol secular, cae una vida . . .*

Francisco A. de Icaza

### A Santiago Rusiñol por sus Jardines de España

*Maraña del laberinto,  
¿qué Ariadna te destrenzó?  
Misterio de la glorieta,  
¿qué surtidor te cantó?  
¿O qué arrayán embrujado  
todo el jardín embujó?  
Maraña del laberinto,  
¿qué Ariadna de destrenzó?*

*Arrayanes, surtidores,  
laberintos y glorietas,  
cipreses para poetas,  
sauces para soñadores . . .  
Mar azul que estás dormido,  
fuente que estás desvelada.  
Granada abierta, Granada  
como un corazón partido . . .*